



¿QUE PRESIDENTE TENEMOS?

EL PERFIL HUMANO Y POLITICO DE ADOLFO SUAREZ

LA MARCHA HACIA LA PRESIDENCIA

Texto: PILAR URBANO

4 Dice el proverbio mayaqui- che: «flecha que avanza no cae.» No sé si anuncia la ley de la gravedad, co m p e n s a d a por el movimiento continuo, o si se preconiza el éxito de quien camina hacia el futuro sin volver la vista atrás. Adolfo Suárez no ha sido «flecha» —vistió la camisa azul bastantes años después de haber colgado en su casa el título de abogado—, ni «chico-S. E. U.». Pero eso sí: no cae porque avanza, avanza, avanza... Sospecho que avanzó siempre. Nunca ha sido un instalado. El sabe bien cuánto le costó cada centímetro de progreso en su trayectoria política. Y ni ahora, desde el puente de mando de la Moncloa, puede permitirse el lujo de encastillarse en su baluarte. Las nuevas Cortes, que él mismo ha hecho posibles, van a acosarle por los cuatro costados. El pueblo que le votó escudriñará el menor de sus gestos y decisiones políticas, pasándole factura del voto. La flecha-Suárez no puede detenerse, ha de seguir hendiendo el aire, avanzando... para no caer.

«AMBICION SUBCONSCIENTE», DICE EL ASTROLOGO

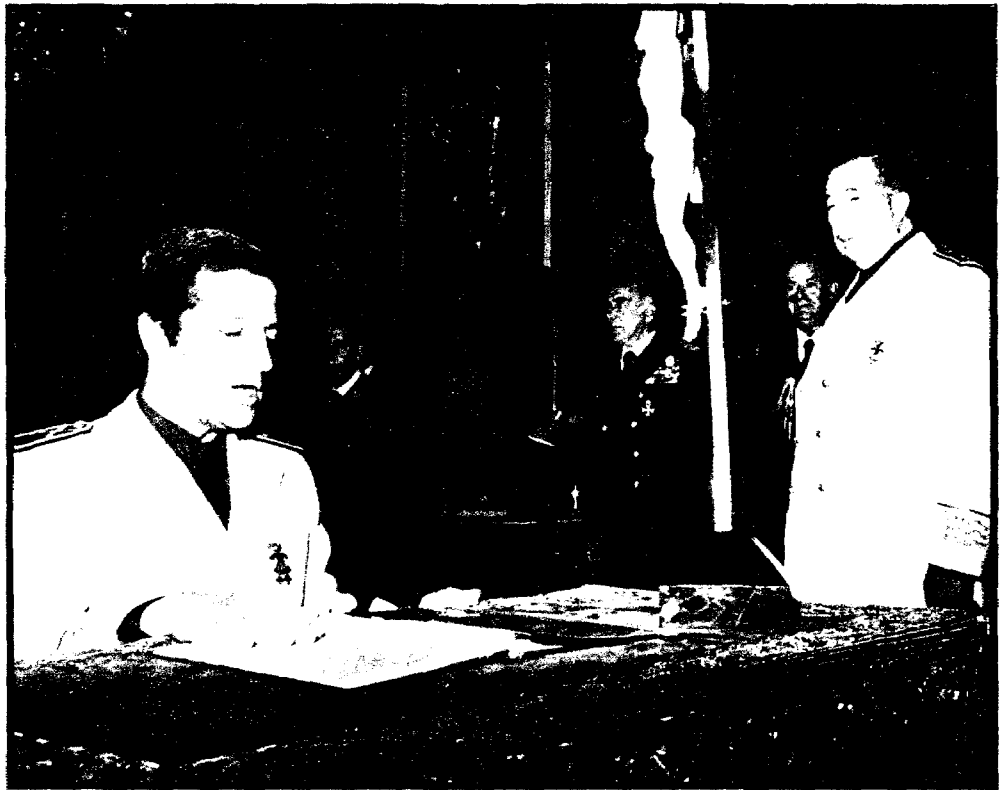
Vaya por delante que no creo en los horóscopos ni en la influencia de los astros sobre el destino del hombre. Me parece que tampoco lo cree el presidente. Pero no sé quien encargó un día a la casa Galileo Galilei un informe numerológico, astrológico y zodiacal de Adolfo Suárez.

Yo he visto ese estudio y me llamó la atención un subrayado muy repetido: «Ambición política, dotes de mando, capacidad para el poder.» El presidente es de los nacidos bajo el signo de «Libra». Su estrella es Zaniah y su decanato se denomina «Política».

He comparado el informe Galileo y el del profesor Lester. Coinciden en muchos elementos. ¿Qué dice del hombre nacido el 25 de septiembre de 1932, el misterioso lenguaje de las constelaciones y los planetas?

Hablan de «ambición subconsciente»; dicen de él que es «hombre detallista, de mente profunda, con dotes organizativas, sobrio, realista, práctico y de claro raciocinio lógico. Capacidad total de proyectarse intelectualmente a grandes masas y responsabilizarse por ellas, con sentido de justicia y equidad». ¡Una revelación astrológica que procede de Neptuno y Júpiter en un «alimón» de influencias...! Esto de la justicia vuelve a aparecer repetidas veces: «Equilibrio y justicia equitativa y distributiva».

También los astros registran el modo de rabajar un individuo. De Suárez dicen: «Trabajador incansable; otros hombres con un ritmo habitual de actividad llegarían al "surmenaje". Tendencia a hacer horas extras» por auténtica devoción profesional. El cuidado, la responsabilidad, la precisión y el cálculo adelantado (previsión) convierten su habitual trabajo en situa-



Una foto que ya es historia. Suárez, vicesecretario general del Movimiento y consejero nacional, jura su cargo ante el Generalísimo Franco y en presencia de su ministro y amigo Fernando Herrero Tejedor.



El Consejo del Reino presentó su "terna" al Rey y éste designó a Adolfo Suárez. Aquí le vemos jurando, de rodillas, "como antes", su cargo de presidente del Gobierno. Era la tarde del 5 de Julio del 76, en el Palacio de la Zarzuela.

¿QUE PRESIDENTE TENEMOS?

ción de "stress". Debe cuidar su corazón y las tensiones nerviosas.»

EL OSCURO LENGUAJE DE LOS PLANETAS

Plutón, Marte, Mercurio, Urano... cada planeta aporta un dato de carácter y conducta para «los nacidos en el día y hora en que nació Adolfo Suárez: «Riqueza de sentimientos y emociones, con gran poder de autocontrol. Objetividad, realismo, autenticidad, Sentido práctico de la vida. Fuerza moral. Poder. Concepción trascendente del vivir. Perseverancia. Tenacidad. Afán de acabar lo comenzado. Sociabilidad enorme: adaptabilidad a cualquier circunstancia ambiente y modo de vida; comunicación, buen dominio de las relaciones humanas, del contacto y calor amistoso y familiar; hombre muy capaz de lograr asociaciones de intereses, individualidades y metas comunes. Poder decisor. Sentido de lo armónico, de lo justo y de lo estético.»

«Inteligencia intuitiva, imaginativa, asimilativa.»

«Su metal es el cobre. Sus piedras: diamante y berilo. Color: verde. Día de la semana: viernes. Número: 8. Sus estrellas fijas: Espiga, Foramen y Arcturus.»

Y bien, éste es el hombre tal como Dios lo hizo, y los astros lo señalan. Este es el hombre en cuyas manos puso un día el Rey Don Juan Carlos un delicado y preciso instrumento: el bisturí para una difícil cirugía política que había que ejecutar con urgencia y sin traumas. Hasta ahora, el cirujano ha trabajado con dedos maestros. Mao Tse-tung desde su Ganges celeste sonreirá diciendo: «La política es una guerra sin efusión de sangre.» Exactamente así, como los dedos hábiles del cirujano que extirpan, vacían, cosen... limpiamente.

LAS NOVIAS DE UN CHICO MUY SERIO

Era un chico muy serio. El trallazo de la guerra, sin entender muy bien qué era aquel «pandemonium», comenzó cuando él solo tenía cuatro años. Después, el racionamiento, el pan negro, el azúcar moreno, el jugar en la calle con juguetes de fabricación propia, la escasez de la posguerra en una familia modesta... Más tarde, estudiar y trabajar a destajo para sacar adelante a los suyos. Y una fuerte inquietud religiosa, social y política que cuajará en la dedicación de su tiempo libre a la Acción Católica. El líder incipiente estaba allí, en brote juncal: formando a la muchachada de Avila. Tenía una imponente aceptación. Caía bien. Sabía imponer sus criterios. Después llegará a saber que «política es más veces convencer que vencer».

Tuvo una novia «bastantes años»: Solines, hija de los dueños de La Flor de Castilla, donde se confeccionan las mejores «yemas» de Santa Teresa.

A su mujer, Amparo, la conoció una tarde de fiesta en los toros. Fue un noviazgo corto. Por entonces Adolfo Suárez se ganaba el pan en el gabinete técnico de la Vicesecretaría General del Movimiento y en la Delegación Nacional de Provincias, bajo la sombra tutelar de Herrero Tejedor.

Pero en un par de conversaciones, los señores Illana dieron su aprobación a la boda, ganados por la simpatía y seriedad del «chico».

DEFENSA EN EL DEPORTIVO DE LA CORUÑA

La cuestión «mozas» no le preocupaba demasiado. Tenía otros frentes de atención que saturaban su deseo: DIOS, FAMILIA, PORVENIR.

Me dicen que, de pequeño, Suárez era más bien bajito, «un retaco», y que hasta los diecisiete años, a raíz de una operación de «hernia», no dio el estirón. Pero



El féretro con los restos de Herrero Tejedor es conducido a la capilla ardiente del Consejo Nacional. Suárez, con el dolor dibujado en su rostro, aparece en primer plano, junto a Antonio María de Oriol y Urquijo.

desde siempre practicó varios deportes con buen rendimiento de marcas. Su padre era gallego, coruñés, y la familia pasó algunas temporadas en La Coruña. Adolfo se integró en el equipo de fútbol juvenil del Deportivo de La Coruña. Jugaba de defensa lateral. Y aún sigue siendo «hincha» de aquel equipo.

Hoy mismo me comentaba su peluquero-barbero, Pedro Antañón: «El presidente es un atleta, ¡palabra! Tiene una fuerza inaudita. Mire usted, Pilar, hace cosa de quince días "echamos" una peleta. Yo le corto el pelo desde hace veintitrés años, y tenemos la misma edad, así que con todo el respeto que el presidente se merece tenemos mucha confianza. El otro día subí a Palacio a arreglarle el pelo y le gasté la clásica broma: "¡Nada, hombre, que estás acabado; estás hecho un viejo..." Y nos apostamos a ver quién podía más. Bueno... ¡me dio una tunda! Que todavía estoy en "tratamiento" por los dolores que me dejó en el cuello y en los hombros... ¡Es un atleta!»

QUERÍA HABER SIDO SACERDOTE

Cuando Suárez conoció a Herrero Tejedor era un muchacho de veintitrés años, licenciado en Derecho, que iba a misa diariamente. Había fundado la asociación «De jóvenes a jóvenes» con el padre don Eugenio y fomentaba en su interior un fogoso ideal apostólico. Incluso se había planteado antes muy seriamente la posibilidad de entrar en el seminario para seguir los estudios sacerdotales. Pero, de otra parte, le incumbía la responsabilidad de atender moral y económicamente a su familia. Eran aquellos años duros en que un abogado desconocido malvivía con «parches» y «dedicaciones varias» en obvio subem-

«Se le apreciaban ojerás muy profundas. Se había quedado sin jefe, sin amigo, sin «padre»..., todo a la vez. Había probado una migaja del poder político, y de nuevo era un ciudadano de a pie»

pleo. El hubiese deseado ser sacerdote, pero... entonces era imprescindible entre los suyos. Eran los años cincuenta y... cuando con unos amigos puso en marcha la academia para suspendidos, cuando transportaba equipajes en la estación de Avila, cuando... vivir era una aventura seria y ardua.

EL PADRINAZGO DE HERRERO TEJEDOR

La señora de Herrero Tejedor, María Joaquina, con fina intuición, creyó antes que su marido en Adolfo Suárez. En 1955 el recién designado gobernador civil de Avila, don Fernando, precisaba colaboradores y pidió nombres de «posibles». Le hablaron de Suárez, a quien, por cierto, ya había conocido... Suárez empezó así a trabajar en la Secretaría del Gobierno Civil. El trato con Herrero Tejedor no pasó de una deferente relación profesional. Y, eso sí, la coincidencia mañanera en la iglesia, y el... ¡buenos días, vuestecial!

Más tarde, en Madrid, Joaquina recordó a su marido: «Aquel chico tan simpático, tan listo y tan serio de Avila... ¿por qué no le llamas?» Fernando precisaba de un colaborador cercano. Casualmente, Adolfo Suárez estaba atravesando a puros económicos y había telefonado a Joaquina en «S.O.S.» de urgencia. Esto sucedía a comienzos del año 57.

Herrero Tejedor es delegado nacional de Provincias y Suárez se encarga de su Secretaría. Entra en la órbita del Movimiento. Se cinea con eficacia y alto nivel de rendimiento, a las vicisitudes ascendentes de su mentor, que columbra en Adolfo al gestor intrépido y honesto, al hombre dinámico, intuitivo, delegador y agente de buenos entendimientos: un brazo derecho leal con «mano izquierda» hábil.

Por azares del acontecer político, Suárez habría de ocupar cargos en los que le precedió Herrero Tejedor. Como él, fue gobernador civil y jefe provincial del Movimiento en una ciudad castellana (Fernando en Avila, Adolfo en Segovia); como él, vicesecretario general del Movimiento, y después titular de esa misma cartera ministerial. Como él, consejero nacional y vicepresidente de la Alta Cámara. Y no deja de ser sorprendente coincidencia que también en el ánimo del entonces Príncipe de España estuviese la decisión de nombrar jefe del Gobierno, «en su día», a Fernando Herrero. La muerte, súbita y de accidente, desbarató estos planes de Don Juan Carlos, quien así se lo manifestó a los hijos del malogrado ministro: «Que te parezcas a tu padre —le dijo a Luis Herrero, uno de aquellos días de junio de 1975—. Con su muerte he perdido algo irreparable y trastruca mis previsiones.» También el presidente Arias, en el aeropuerto de Manises, cuando llegaban los restos de Herrero Tejedor, dijo a sus hijos: «Yo he perdido a mi sucesor.» No había duda, pues.

Pero el almanaque español ha devorado historia en los últimos tramos y, tan sólo un año después, el sucesor de Arias sería precisamente Adolfo Suárez, el amigo-discípulo de Herrero Tejedor.

—¿Por qué tu padre «cuidó» política y profesionalmente a Adolfo Suárez? —he preguntado a uno de los hijos mayores de Herrero Tejedor.

Me ha contestado sin dudarle:

—Sabía valorar sus virtudes. Y Adolfo valía, vale, mucho.

—¿Por qué le nombró vicesecretario general del Movimiento?

—Supe que había dudado entre Adolfo y Tomás Pelayo. Temía, nos dijo, que pudiesen interpretar su opción a favor de Suárez como «nenotismo». Yo le pregunté directamente: «Papá, ¿por qué te has decidido por Adolfo?» Y mi padre me contestó, como quien lo tenía bien pensado: «Primero, por su lealtad. Segundo, por su enorme capacidad de diálogo, que va a hacer mucha falta ahora. Tercero, porque podrá y sabrá hacerlo muy bien.»

UNA LIPOTIMIA EN EL DESPACHO

«Se portó como si fuese nuestro hermano mayor», me dicen los Herrero Tejedor, evocando el cariño, la atención, el desvelo con que Suárez coordinaba infinitos



El entonces ministro secretario general del Movimiento resultó elegido consejero permanente, "de los 40 de Ayete", en el Pleno del Consejo Nacional. Adolfo Suárez obtuvo 66 votos; el marqués de Villaverde, 25. En la fotografía aparece saludando a los consejeros Domingo Solís e Iniesta Cano. En segundo plano puede verse a José Solís y al teniente general De Santiago.

detalles, grandes y pequeños, a la muerte del ministro. «El estaba en los toros con mi madre. Era la corrida de Beneficencia. Le dieron allí mismo la noticia. Hizo salir a mamá y... la fue preparando. Adolfo marchó inmediatamente a Villacastín donde había ocurrido el accidente. Ya te puedes imaginar cómo estaba él también: destrozado y sin coraje para nada; pero se sobrepuso y, entre lágrimas se ocupó de todo: la capilla ardiente, el traslado en avión de los restos... ¡Ah! recordó que mi padre quería ser enterrado con el escapulario de la Virgen del Carmen y envuelto en una sábana sencilla. Y se encargó también de eso... Te contaría y no acabaría nunca. No pudo hacer más, ni mejor.»

Yo recuerdo que le vi en las exequias; estaba abatido. Llevaba a hombros el ataúd. Después suene que, al terminar el entierro, en Castellón, le dio una lipotimia. Y otra cuando estaba en el despacho del fallecido ministro recogiendo todos sus documentos y útiles personales para dar paso a Solís.

Por aquellos días le saludé en un pasillo de las Cortes. Se le apreciaban ojeras muy profundas. Se había quedado sin jefe, sin amigo, sin «padre»... todo a la vez. Y no disimulaba. Estaba especialmente roto, especialmente hecho polvo, especialmente huérfano. Ya no era vicesecretario general del Movimiento. Había probado una mizaja de poder político... y de nuevo era un ciudadano de a pie. «Tu entrevista con Fernando Herrero —me dijo, y me asombró su memoria— estaba concertada para el día siguiente al de su muerte. ¡...! El cuestionario que le enviaste se quedó justo encima de su mesa de despacho... Es todo demasiado tremendo, ¿verdad?»

AQUELLA FOTO DE LA CONTINUIDAD

Volví a verle en agosto, ese mismo verano de 1975. Un día tórrido. Suárez vestía un bien cortado «fresco» de color beige. Y en su solapa, las flechas y el yugo, en oro. Era en la sede de U. D. P. E., la primera asociación política que aparecía en el horizonte pre y muy pre democrático. Presidía la estancia una ampliación fotográfica de Franco y Don Juan Carlos: la estampa oficial de la continuidad del régimen, «con una continuidad, ni inmovilista ni rupturista».

«La democracia —me dijo— es la más legítima forma de gobierno. Cuando ella misma genera autoridad ordenadora y evita la anarquía social y el secuestro del poder.» Se mostró tajante al excluir el socialismo marxista. Y no olvidaré que cuando yo le pregunté algo referente del Príncipe, él me contestó hablándome del Rey: «Se apoyará en todas las fuerzas políticas y sociales del país; un Rey no pacta con

asociaciones ni con partidos.» La respuesta era gallarda, por la simple razón de que, viviendo Franco, nadie llamaba Rey al Príncipe de España.

Cuando nos despedíamos, mientras me acompañaba hasta el rellano de la escalera, en aquel octavo piso de la calle Basílica, me espetó un vibrante mitin: «Hay que hacer una llamada al espíritu de exigencia, de sacrificio y de esfuerzo. Ahora hay una tendencia imponente al «relax», al abandonismo... Y los logros importantes no se alcanzan sin trabajo, sin generosidad, sin renunciaciones personales. Hemos de cumplir una tarea justa, necesaria, entusiastamente. Pero hemos de movilizar no sólo las conciencias de muchos españoles, sino también sus voluntades, su servicio personal...»

ALGO DISTINTO EN LAS CORTES

Meses después hablaríamos de nuevo, varias veces, en las Cortes, siendo el ministro del primer Gobierno del Rey. Nuestra última «parrufada», siempre en el juego dialéctico de oponer a su tenaz evasiva mi tozudo interrogante, fue el día que le eligieron consejero permanente «de los 40 de Ayete», derrotando en la liza al marqués de Villaverde. Aquel día su discurso ante el hemiciclo electrizado en la alta tensión de posturas contrapuestas sonó a... cosa distinta.

El teniente general Díez-Alegria, que llegaba de El Cairo para asistir al Pleno, comentó: «Debe ser por la nostalgia que da la lejanía... pero me está gustando hoy el talante abierto que encuentro en las Cortes. Que hay «bunker» y cerrojos ya lo sé, pero... hace diez años no se hubiese podido ni soñar lo que hoy hemos oído aquí.»

Y Nicolás Franco Pascual de Pobil, después de comentar el intento político de su pariente el marqués de Villaverde, me dijo: «Suscribo al ciento por ciento el discurso de Suárez. No podía imaginario así. Y arlaudo que haya hablado de la necesidad de hacer política real, de lo que hay en la calle... Es la primera vez que he amortizado mi escaño, desde que asisto a los debates plenarios.»

Fueyo Alvarez, desde la víspera, andaba silencioso «meditando» y decidiendo el voto. Le vi levantarse de su asiento (codo con codo con Rodríguez de Valcárcel, que votaría NO; y proximísimo a Girón, que también diría NO a la legalización de los Partidos) y decir secamente «SI». Después le pregunté por qué. «Porque un NO no es una política.» «¿Y el SI?» «Una aventura.»

No había transcurrido un mes cuando el Rey aceptaba la dimisión de Arias. Crisis de julio del 76. Y el Consejo del Reino se reunía para elaborar una «terna». Su última «terna».

¿QUE PRESIDENTE TENEMOS?

DE LA «OPERACION PRINCIPE» A LA «TERNA»

Suárez era la válvula mitral de Televisión Española cuando «desde arriba» y hacia el pueblo, se puso en marcha la «operación Príncipe»: Ganar la aceptación popular de la Institución monárquica encargada, en su día, en el Sucesor Juan Carlos. Suárez puso todo su empeño, su inteligencia imaginativa y su «savoir faire» al servicio de esa operación. Punto y aparte de varios años.

El Consejo del Reino se reúne dos días seguidos: un total de siete horas y media de deliberación y votación, para elaborar una «terna». La jefatura del Gobierno está vacante. Por mucho que los periodistas nos empeñemos en acañar las puertas del sigilo de oficio, no hay la más mínima filtración. Martín Sanz me había dicho al término de la primera sesión: «Ni está siendo fácil, ni va a serlo.»

Cuando ya hubo «terna», que aún desconocíamos, porque Teresa Fernández-Miranda acababa de enfilarse, con ella en el bolsillo, la ruta de la Zarzuela, el mismo consejero Martín Sanz me comentó con una leve dosis de ironía: «Puedo decirle una cosa: el Consejo del Reino... ha funcionado, en toda la acepción de esa palabra. Como un motor adecuadamente puesto en marcha.»

El presidente de las Cortes, antes de marchar, al abrirse la hermética puerta del salón Mariana Pineda, nos había dicho escuetamente: «El Consejo del Reino ha terminado. Estoy en condiciones de poder ofrecer al Rey lo que me ha pedido.» Y aquí comenzaron las cabaladas: ¿puede el Rey haber sugerido algunos nombres de presidenciables? ¿Puede haber irsinuado la especie de hombre político que la transición va a demandar? ¿Habrá apuntado la conveniencia de que se le dé a elegir entre hombres vinculados con el Régimen de Franco, pero con talante liberal democrático, y vis resolutiva capaz de hacer el cambio sin asperezas? Quizá, sí. Y un indicio es que los tres nombres de la terna tenían esa virtualidad: venían de ayer y eran capaces de trabajar para mañana.

Monseñor Cantero Cuadrado me contó una anécdota de aquel Consejo difícil: «Yo no sé —decía— por qué hemos de dejar a Dios fuera de estos asuntos, que si importan a los hombres también le importan a Dios... Así que hemos rezado al Espíritu Santo antes de empezar la sesión... Yo no recuerdo, en ninguno de los Consejos del Reino a que he asistido, que se haya rezado. Pero esta vez... era distinto.» Alguien que parece saberlo bien me informó recientemente: «¿Sabes quién puso a Suárez en aquella terna? El Espíritu Santo, el Rey, los Oriol y... algunos votos más.» A las cinco de la tarde empezaron a circular «ternas» en los medios informativos y políticos. Las más respaldadas por «fuentes fidedignas», era: «Areilza-Suárez-Silva», «Areilza-Suárez-López Bravo» y «Silva-Suárez-López Bravo». Areilza me decía el mes pasado: «Bastaba conocer la composición del Consejo del Reino para saber que ni locos me hubieran metido en la terna. ¡Jamás esperé ser designado presidente!» Tal vez fuese sincero...

A las siete y diez de la tarde del 3 de julio, en plena vorágine de Redacción, saltó un telegrama de agencia, vía télex, que arrojaba la noticia: «Suárez, presidente de Gobierno.»

Un final inesperado que nadie, nadie, nadie, acertaba a interpretar. Un viejo ordenanza de A B C, cachazudo y filósofo, rezo: «El Rey los quiere jóvenes.» Pílar URBANO.